

TERCER DOMINGO DE PASCUA

La semana pasada reflexionamos sobre cómo Cristo resucitado se encuentra con nosotros en nuestro miedo, entrando en las salas cerradas de nuestras vidas y dándonos paz. Esta semana, el recorrido de la Pascua sigue demostrándonos que la recuperación no se desarrolla en el aislamiento. Después de encontrar la misericordia, empezamos a caminar de forma diferente, y no caminamos solos.

Muchos de nosotros podemos recordar un momento en nuestras vidas en el que nos sentimos desanimados, confundidos o desorientados durante la recuperación. Quizá habíamos empezado a cambiar, pero las cosas no se sentían como lo esperábamos. Los viejos pensamientos regresaron, las emociones se sintieron abrumadoras o el progreso pareció más lento de lo que anhelábamos. En esos momentos, puede ser tentador retirarse, preguntarse si realmente está cambiando algo o volver silenciosamente a viejas conductas.

El Evangelio de este domingo narra la historia de dos discípulos que, después de la crucifixión, se alejan de Jerusalén y van hacia Emaús (Lucas 24:13-32). Mientras caminan, se nos narra que *“Jesús se les acercó y comenzó a caminar con ellos; pero los ojos de los dos discípulos estaban velados y no lo reconocieron.”* No están celebrando la resurrección, sino que están procesando la desilusión. Sus esperanzas estaban depositadas en lo que creían que sucedería, y ahora tratan de entender lo que parece como una pérdida.

Ese momento puede resultar conocido durante la recuperación. Podemos comenzar el camino con ciertas expectativas: claridad, alivio o una transformación rápida. Cuando esas expectativas no se cumplen, puede aparecer el desánimo. Como los discípulos, podemos estar alejándonos interiormente, aunque sigamos estando presentes en el exterior.

Mientras caminan, Jesús les pregunta: *“¿De qué cosas vienen hablando, tan llenos de tristeza?”* y entonces se detienen cabizbajos. Él les invita a hablar abiertamente sobre su confusión y dolor. Esto refleja una parte importante de la recuperación. La sanación suele iniciar cuando estamos dispuestos a compartir con honestidad lo

que realmente está ocurriendo en nuestro interior. No avanzamos fingiendo que todo está bien. Avanzamos sacando a la luz nuestros pensamientos, temores y decepciones.

Jesús no los corrige de inmediato. En cambio, camina con ellos y comienza a replantearles su forma de ver las cosas. Se nos cuenta que *“comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.”* En la recuperación, este tipo de orientación suele llegar a través de otras personas. Un padrino, madrina, un amigo de confianza o alguien en una junta puede ayudarnos a ver nuestra situación con más claridad. No recorren el camino en lugar nuestro, sino que caminan con nosotros, ofreciendo una perspectiva cuando nuestro pensamiento se nubla.

Al pasar el tiempo, algo comienza a cambiar dentro de los discípulos. Más tarde reflexionan: *“¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!”*. A menudo, en la recuperación el crecimiento ocurre de forma gradual. Lo que parece una conversación ordinaria o una simple junta puede tener más peso del que pensamos en ese momento. Mientras nos mantenemos con apertura, atención y disposición, nuestros corazones comienzan a cambiar.

El momento clave llega cuando se sientan a la mesa. El Evangelio nos dice que Jesús *“tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se los dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron.”* Para nosotros, esto se refiere a la Eucaristía, donde Cristo sigue revelándose. También nos recuerda que el reconocimiento suele llegar después del encuentro; después de caminar, escuchar y estar presente.

Uno de los cambios más importantes en la recuperación es pasar del aislamiento a la unión. Donde antes nos alejábamos, ahora empezamos a tender la mano. Donde antes solo dependíamos de nosotros mismos, ahora comenzamos a confiar en los demás. Donde antes caminábamos sin rumbo, ahora empezamos a caminar con propósito, aunque aún no veamos el camino completo que tenemos por delante.

La historia no termina en el camino. Los discípulos regresan a Jerusalén para compartir lo que han vivido. De la misma manera, la recuperación nos lleva a salir de nosotros. Lo que recibimos está destinado a ser compartido. Nuestra experiencia se convierte en una fuente de esperanza para otros que aún caminan en la confusión o en la duda.

La Pascua nos recuerda que Cristo Resucitado no está alejado. Camina con nosotros, muchas veces de maneras que no lo reconocemos de inmediato. Mientras continuamos en este camino de recuperación, estamos llamados a permanecer abiertos: a la conversación, a la comunidad y a las formas silenciosas en que Dios se está revelando a lo largo del camino.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has experimentado que alguien camina a tu lado de una manera que te ayude a ver tu situación con más claridad?
- ¿Qué entiendes por mantenerte abierto y comprometido en tu recuperación, aun cuando te sientes desanimado o inseguro?
- ¿Cómo se te está invitando ahora mismo a acompañar o apoyar a otra persona en su proceso de recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 2:14, 22-33

SAL. RESP. Salmo 16:1-2, 5, 7-8, 9-10, 11

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 1:17-21

EVANGELIO Lucas 24:13-35